

¿CATOLICISMO MARXISTA? (*)

POR

JUAN VALLET DE GORTISOLO

SUMARIO: 1. Fe, esperanza y caridad cristianas y su «desalienación» marxista.—2. El hombre en la concepción cristiana y en la marxista.—3. Prolegómenos: De la intoxicación rousseauniana al modernismo y al mito del Punto Omega.—4. La vuelta a la «caverna» del immanentismo historicista.—5. La encrucijada del historicismo, ¿un eterno retorno?—6. El «Reino de Dios» y el mito del triunfo final en la «Historia».—7. La escalonada marxistización de la teología.—8. La «praxis» para cambiar las bases de la sociedad y la colaboración en ella de cristianos y marxistas: 1.º El «sueño de cambiar las bases naturales y tradicionales de la sociedad y edificar sobre otros principios la ciudad futura» de *Le Sillon*; 2.º *L'affrontement Chrétien* de Mounier; 3.º *Prende le main tendue* por el P. C., del progresismo social-religioso; 4.º El movimiento *Cristianos para el socialismo* y sus afines.—9. Las transposiciones de fe a praxis y de praxis a fe de los Cristianos para el socialismo.—10. Crítica del «análisis» marxista y de los resultados de la «liberación» pretendida.—11. La acción subversiva resultante de esa colaboración, y sus frutos amargos.

1. Fe, esperanza y caridad cristianas y su “desalienación” marxista.

Ciertamente —Chesteron afirmó— que la libertad, la igualdad y la fraternidad, proclamadas por la revolución francesa, eran ideas cristianas que se habían vuelto locas.

¿Podrá decirse otro tanto de los principios marxistas? Parece que ni siquiera eso... si, verdaderamente, como dijo Pío XI, en la *E. Divini Redemptoris*, el comunismo es intrínsecamente perverso.

(*) Conferencia leída en el salón de actos de los Institutos de la Diputación de Navarra, organizada por el Círculo Familiar Virgen del Camino, el día 7 de marzo de 1975.

¿Cómo, entonces, puede darse un pretendido cristianismo marxista? Las raíces del marxismo están en la antítesis de las que alimentan al cristianismo, que es religión de fe y de esperanza sobrenaturales y de amor verdadero, es decir, de caridad en su auténtico sentido.

a) *Nuestra fe* está enunciada en el Credo: en un sólo Dios, personal, creador del cielo y de la tierra; en Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre, engendrado en María Virgen, muerto para redimir nuestros pecados y resucitado; en el Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo; en la resurrección de la carne y en la vida perdurable.

En cambio, Feuerbach y tras él Marx afirmaron que no fue Dios quien creó al hombre, sino el hombre, con su imaginación, quien inventó a Dios. El hombre, para ellos, no es cuerpo y alma, sino *cuerpo consciente*, en cuanto la conciencia no es sino una manifestación del cuerpo vivo, que siente un *conjunto de necesidades* que quiere satisfacer. Y, que, en tanto no puede liberarse de ellas, siente la aspiración a liberarse de la necesidad de sentir necesidades; lo que le lleva a imaginarse el ser sin necesidades, al que llama Dios. Así, para ellos, Dios no es sino la proyección de lo que el hombre querría ser, y de ahí viene lo que denominan su *alienación religiosa*, en la que el hombre aliena su poder. Esta alineación —como observó nuestro llorado amigo el Profesor Michele Federico Sciacca— debiera cesar al llegar a la perfección de la humanidad. Una vez lograda una humanidad en la que todos los hombres fueran hermanos en el trabajo sin explotación, debería cancelarse de sus mentes ese “ser imaginario y tiránico”, al que en la sociedad “aún no evolucionada y emancipada” llamamos Dios. Y de ese modo la fe en Dios se evaporaría dando paso a la fe en el hombre: “el hombre es el ser absoluto para el hombre”, según Marx.

Así resulta —como también había comentado Sciacca— que para el marxismo, la teología viene a ser una parte de la antropología.

b) *Nuestra esperanza* nos sobrepasa. Así lo recordábamos recientemente con ocasión de la muerte, en manos revolucionarias, de nuestro amigo Carlos Alberto Sacheri, al releer el discurso que pronunció como Presidente de una de las sesiones del Congreso de Lau-

sanne de 1968. Nos sobrepasa, pues se apoya en nuestra fe, que es la de un *homo viator*, itinerante, siempre en espera de nuestro fin, en un más allá en el cual el objeto es Dios mismo, "captado, en el reflejo de nuestro acto de fe, como soberano nuestro y nuestra eterna beatitud".

La esperanza marxista, en cambio, no se dirige al bien inmutable, sino al bien futuro en este mundo, en la autópica sociedad fraternal, sin clases, obra del hombre en su evolución final, en lo que Feuerbach calificó de "antropoteísmo". No hay esperanza más allá de la muerte en esta concepción materialista.

c) *Nuestra caridad* —la que debemos alcanzar a tener—, es decir, nuestro amor puro, se funda en Dios, tiene un orden de amor, que coincide con el orden del Ser: el Creador que es por sí mismo y está situado por encima del universo finito en su totalidad y de cualquiera de sus partes, incluido el prójimo, y éste por encima de las cosas. Pero —como nos advertía Sciacca— no puede amarse a Dios directamente en este mundo fuera de casos excepcionales de visión mística; "en este mundo he de amar a Dios a través del mundo en todos los seres de la creación, en el orden de la naturaleza"; el bien infinito a través del bien finito.

Ahí radican los dos mandamientos en los que se resume toda la ley de Dios, que en realidad es uno sólo con dos partes inescindibles: "no es posible amar a Dios sin amar al prójimo: pero tampoco es posible amar al prójimo sin amar a Dios". A Dios, con amor *absoluto*; al prójimo con amor *total pero no absoluto*.

En el misterio de la Santísima Trinidad, el Padre, en eterno don de su Verbo, expresa al Hijo, y el Hijo, en eterna acción de gratitud y amor, al Padre; efusión de amor mutuo que es el Espíritu Santo, Espíritu de consolación, Espíritu de gozo.

Nuestro Dios es un Dios de amor, su Orden es un orden de interacción, en el cual los desórdenes son fruto de la desobediencia a ese orden, y los males fruto de esos desórdenes.

En cambio, para el marxismo el progreso no es fruto del amor, ni de la interacción de seres que se completan o se complementan, sino de la dialéctica, de la lucha entre contrarios; es el efecto del estallido entre las contradicciones del que surge una síntesis, frente la

cual una nueva antítesis avivará el avance hacia el devenir inseparable del progreso dialéctico. De ahí, la lucha de clases considerada como motor del progreso de la humanidad, que avanza a través de la evolución dialéctica de las clases.

Como ha escrito Marcel Clément, la *clase tesis* viene a ser el remedo diabólico del Padre, la *concepción dialéctica del Padre*; la clase antítesis, el remedo diabólico del Hijo, la *concepción dialéctica del Hijo*; y sigue preguntando: "¿Qué es esa lucha de clases? ¿Qué es este movimiento diabólico que, a través de la historia, opone a los que engendran y a los que son engendrados? ¿No es la expresión del odio del propio Satanás hacia el Divino Espíritu de Amor, la sustitución de la eterna concordia por el eterno conflicto, el odio planteado en el pleno corazón de las relaciones humanas en el lugar y sitio del amor? ¿No es acaso la *concepción dialéctica de la Trinidad*?"

2. El hombre en la concepción cristiana y en la marxista.

Ni siquiera el hombre es lo mismo para el marxismo que en nuestra concepción cristiana. Para nosotros, los hombres no somos seres absolutos, pues dependemos y venimos del único Ser absoluto al que tenemos por fin, es decir, de Dios; estamos integrados por materia y espíritu, cuerpo y alma. Y así debemos considerarnos, sin olvidar ninguna de estas tres características esenciales nuestras; para no caer en el *immanentismo*, ni alternativamente en el *materialismo* o en el *angelismo*.

En cambio, para el marxismo, el hombre:

— Es inmanente, capaz de construir por sus propias fuerzas el paraíso en este mundo; por eso, toda religión trascendente es enemiga suya, en cuanto niega la autosuficiencia del hombre y le hace dependiente de Dios, único principio trascendente y absoluto.

— Es materia pensante, cuerpo consciente, porción de la materia en evolución dialéctica, determinado por sus necesidades, entre las cuales las económicas ocupan el lugar fundamental.

El hombre, que según el concepto marxista es materia consciente y pensante individualizada, al no depender de un Ser trascendente,

no puede recibir —ni por eso mismo la necesita— lo que para los cristianos es la *gracia santificante*; y, por ser producto de una evolución, no tiene tampoco *naturaleza*, en el sentido metafísico de la palabra. El evolucionismo radical del marxismo niega la sustancia como entidad ontológica, reduciendo al hombre a ser un producto, en constante mutación, de la dialéctica del materialismo histórico, de tal modo que cada estructura económico-social comporta un nuevo tipo de hombre.

Para la civilización cristiana el hombre es animal *racional* y *político*:

— como *animal racional*, puede con su razón —herida pero no tarada por el pecado original— alcanzar el conocimiento, aunque nunca absoluto y definitivo, pero sí suficiente, de la existencia de Dios, de la inmortalidad de su alma, y del orden —incluso moral— ínsito en la obra de la creación;

— como *animal político*, su naturaleza le impulsa a la vida social con unas necesidades y tendencias que no pueden ser desconocidas cuando se trata de ordenar inteligentemente la vida económica, social y política.

El hombre debe educar, en este contexto, sus facultades físicas morales e intelectuales y cultivar sus virtudes teologales y cardinales, desarrollando sus aptitudes para *contemplar* ("pararse a ver", con la inteligencia), para *actuar* y para *fabricar*;

— La educación intelectual en el *saber*, para conocer el orden de las cosas para, descubriendo las causas, prever los efectos, con lo que se adquiere la sagacidad propia de la prudencia.

— La educación para *obrar* bien y ser mejor; y la formación de la aptitud para *fabricar* objetos útiles para la vida personal y social, para el logro del mejor bienestar y para mayor aprovechamiento de nuestras capacidades de toda clase.

Según el marxismo, el hombre viene determinado por el estadio histórico en el que vive, que le configura incluso en su modo de pensar. No puede alcanzar verdades, puesto que niega que existan, ni conocer el orden natural, pues también lo niega; ni formarse con la norma de una moral objetiva, puesto que considera la moral como un producto de las estructuras dominantes.

No le es dado, pues, al hombre, en esa concepción, sino *fabricar*. Y en esto se estima que colectivamente la humanidad es capaz incluso de alcanzar, a favor del sentido de la historia, el éxito: con el logro total de la *fabricación de las nuevas estructuras*, de la nueva sociedad sin clases, mediante la práctica de la dialéctica que destruirá las viejas estructuras de la sociedad actual, condenada por la historia a desaparecer.

Así, será moral cuanto favorezca este tránsito, cuanto exacerbe las contradicciones que destruirán la "sociedad burguesa". Lo más eficaz será lo más bueno —aunque se realice empleando la violencia y la destrucción— con tal de que impulse el avance de la revolución.

La educación marxista, por lo tanto, no se orienta a la formación personal para la vida virtuosa, sino a la "consciencización" del educando a fin de que promueva e impulse, o por lo menos acepte, el cambio de estructuras. No se educa para conocer el mundo sino para contribuir a cambiarlo. No se trata de alcanzar la beatitud salvífica en el goce del Ser Supremo, sino de desalienar al hombre de su supeditación a El, como falso mito.

Claro que, como ha observado Sciacca, si el Ser sin necesidades, es decir, Dios, no fuese sino una creación de la imaginación del hombre que se siente impotente, fruto sólo de su deseo de liberarse de todas las necesidades, resultaría que la sociedad humana para desalienarse de ese Dios imaginario debería liberarse de todas sus necesidades, y, por lo tanto, de todos los dolores físicos y morales, incluso de la muerte, y de todos los males, incluso del propio mal, resultando así "el hombre nuevo". Pero este nuevo ser, inmortal y sin dolor, ya no sería un hombre, sino algo así como un superhombre de Nietzsche socializado. Quiriendo escapar de este absurdo, los ideólogos marxistas necesitan recurrir a la hipótesis de que, cuando le sean satisfechas en la sociedad homogénea todas las necesidades materiales, el hombre perderá la conciencia de su insuficiencia de ser mortal; pero —como también observó Sciacca— con ello perdería asimismo su condición de hombre, incluso conforme la definición de Feuerbach, puesto que lo califica de *consciente*. Es decir, el hombre, con la sociedad homogénea; o bien se haría "beatísimo inmortal o dios", o quedaría "sin

conciencia como los otros animales": "en uno u otro caso —dios o bestia— cesaría de ser hombre".

3. Prolegómenos: De la intoxicación rousseauiana al modernismo y al mito del Punto Omega.

¿Cómo han podido mezclarse, en algunas mentes, estas concepciones —la cristiana y la marxista— tan contradictorias?

— Sin duda, hubo una previa preparación del terreno.

— Ha habido una escalonada mentalización ambiental.

— Y, evidentemente, se ha realizado una *praxis*, en común, en la que se han descartado las diferencias de principios, como desdiables, ante la perspectiva del éxito de aquélla al alcanzar la soñada sociedad sin clases y feliz, que —se asegura— surgirá, como síntesis final, tras la explosión de la dialéctica revolucionaria.

Es curioso observar que esta última tesis, que alcanza la sociedad homogénea, se afirma ya sin antítesis; es decir, resulta que paradójicamente deberá quedar indemne a la dialéctica que la produjo ya que ésta, una vez logrado ese resultado, cesará de actuar. Así quedará inamovible, para siempre, un paraíso sin final... No importa que este feliz y definitivo resultado quede inexplicado por las leyes del mismo materialismo histórico que ha de llevar a ella... Entramos, pues, en la visión mística del marxismo, en su mito.

Veamos, ante todo, cómo el terreno había quedado preparado para poder abrirse a la siembra marxista. Intoxicaciones anteriores la habían hecho permeable. Nuestra sociedad ha sido víctima de sucesivas infecciones que la han dejado esponjada y con pocas defensas contra las nuevas toxinas.

¿Cuáles han sido esas intoxicaciones?

Dos lo fueron por inoculación del *virus* rousseauiano:

— la pretendida *bondad natural del hombre, corrompido por la maldad de las instituciones*; con lo que se sustituye el dogma del pecado original por el pecado social, y se pone en entredicho la labor secular de la Iglesia para la conversión personal de los hombres, que

debe ser suplida por una tarea revolucionaria emprendida para cambiar las estructuras;

— y la transposición de la igualdad esencial de los hombres extendiéndola en una pretensión indefinida de *igualdad absoluta* —desmentida a cada paso por la realidad—, cuya proclamación tiende a romper la interacción, necesaria para que haya verdadera sociedad, pues ésta dimana precisamente de la mutua ayuda, que la propia diversidad real reclama, y que quiere romperse por la lucha de clases para abrir paso a la dialéctica marxista.

Otra intoxicación, más profunda, es más antigua, pues sus raíces se inician en el *voluntarismo* y el *nominalismo* ockamianos, en el *libre examen* protestante, en el *subjetivismo* cartesiano, y siguen expandiéndose en el *imperativo categórico* kantiano, en el *operativismo político* hobbesiano y lockiano, en la *volonté générale* de Rousseau, hasta que se hace árbol frondoso en la *dialéctica* hegeliana, en la que Dios se confunde con la historia que lo subsume al encarnar la Idea, siendo en cada instante racional lo real y real lo racional, como fruto de la continua encarnación dialéctica de la idea que ilumina las conciencias en la realidad cotidiana.

Con el *modernismo* —condenado por San Pío X en la *E. Pascendi Dominici gregis*— penetraron en la Iglesia esas ideas, con la pretensión de erigir en guía nuestra a la denominada *conciencia colectiva*, que se pretende considerar como determinante, en cada momento histórico, del verdadero significado actual de todo lo anterior, incluso de lo revelado. La opinión pública queda de ese modo convertida en oráculo de la voluntad divina, aunque no sea Dios quien la inspire, sino que la conformen —o, tal vez, deformen, es decir, malconformen— los medios de comunicación de masas o *mass media*.

Y, en fin, esa mezcla literaria de *teología-ficción* y de *fantaciencia*, en que consiste la obra de Teilhard de Chardin, ha adornado esa *conciencia universal* del modernismo con un ropaje pseudo-científico, y ha ofrecido un nimbo pseudo-teológico al materialismo histórico y a la evolución por éste preconizada. En efecto, para Teilhard:

- “el universo, desde ahora, no es ya un orden, sino un proceso”;
- ese proceso afecta al cristianismo, que, a su juicio, requiere

una reforma “mucho más profunda que la del siglo XVI”: “no es una simple cuestión de instituciones y de costumbres, sino de fe”.

— el sentido moral se identifica con el “sentido cósmico”; es bueno “todo lo que segrega una fuerza ascensional de conciencia”; “limitar la fuerza (a menos que sea para obtener mayor fuerza aún) *he ahí el pecado*”.

— los procesos totalitarios de socialización son procesos de crecimiento de la “cosmogénesis”.

— la *fe nueva* de Teilhard se despliega “hacia adelante”, en la *moosfera*, hacia “un Cristo Omega de la Evolución”; y trata de repensar Dios en términos de Cosmogénesis: “Un Dios que no se adora ni se alcanza, sino por el acabamiento de un Universo que él llena de luz y de amor (e irreversible desde dentro)”.

Garaudy, en su libro *Marxisme du XXe Siècle*, deduce del pensamiento de Teilhard de Chardin, “que al ir hacia Dios no exige volverse de espaldas al mundo, sino, al contrario, que cada uno participe plenamente en su transformación y en su construcción, con la mayor y más apasionada entrega. En tal perspectiva *Dios no es ya un ser, ni siquiera la totalidad del ser, porque una totalidad tal no existe y porque el ser está enteramente abierto sobre el devenir, por crear ...*”.

4. La vuelta a la “caverna” del inmanentismo historicista.

Una vez situados en esa mentalidad no hay, pues, por que perder el tiempo buscando el orden creado y querido por Dios, sino que se trata de que nosotros lo fabriquemos conforme la conciencia del mundo que nos dicte cada momento histórico.

Pero ... ¿qué guía tenemos, para esa tarea, si el hombre no es capaz de captar lo que trasciende a su momento cultural?

Como agudamente ha observado Leo Straus, “mientras para los antiguos filosofar significaba salir de la caverna”, pretender que “toda actividad filosófica corresponde a un *mundo histórico*, a una cultura a una civilización”, equivale a volver a encerrarse en “lo que Platón llamaba la caverna”.

Bien es verdad, que en este caso —como vamos a ver— se trata de la caverna que ¡nosotros mismos ayudamos a construir para encerrarnos en ella!

Aristóteles, al principio de su *Metafísica*, nos da una muestra de cómo los griegos trataban de salir de la "caverna", al exponer estas reflexiones: "Que el orden y la belleza que ofrecen las cosas o que en ellas se producen tengan por causa la tierra o algún otro elemento de esta especie no es verosímil... Atribuir estos efectos al azar o a una causa fortuita es muy poco razonable". Por ello, recordó que cuando Anaxágoras "proclamó que es una Inteligencia la causa de la armonía y la regularidad que brilla por doquier en la naturaleza, en los seres animados e inanimados, pareció el único sobrio entre las extravagantes embriagueces o las divagaciones de sus antecesores".

La intuición del orden de la naturaleza llevó a la convicción de que era la obra de un Ordenador, es decir, de que existía un Dios que regía ese orden.

Pero este orden, o por lo menos su inteligibilidad para nosotros, fue negada por el nominalismo. Más tarde, Lutero rechazó la posibilidad de que nuestra razón —tarada, a su juicio, por el pecado original— pudiese alcanzar ese conocimiento, sin perjuicio de su capacidad para las cosas cotidianas de la vida. Capacidad empírica que Francis Bacon y la escuela de Pavía, de la que formó parte Galileo, mostraron palpablemente.

Así, cuando el hombre trató de aplicar esas nuevas concepciones a su organización social, se produjo una paradoja que Leo Straus observa al estudiar a Hobbes. Según éste, la razón es impotente para conocer el universo, pero es omnipotente para efectuar libremente sus construcciones y para avanzar por los caminos del progreso ilimitado, contruidos por él mismo, para la conquista de la naturaleza.

Esta postura ha venido conduciendo al hombre en la orientación de sus creencias, hacia una concepción contrapuesta, de la que había sido mostrada por Anaxágoras y Aristóteles. El orden presupone un Dios ordenador, aun cuando se admita que ese orden es dinámico y que actúa por causas segundas, en las cuales es reconocida nuestra iniciativa que si opera contra aquel orden producirá el desorden, como reacción del orden violado. Por eso, es muy lógico que nuestro

pensamiento proceda en dirección contraria si entendemos que el orden no existe, sino que somos nosotros mismos sus autores, que lo vamos realizando a través de la historia, emancipándonos como causas segundas de la causa primera, después de descubrir nuestra vocación terrestre, y de haber aislado la historia profana de ese Dios de en lo alto, para considerar que el hombre es protagonista, piloto y director del acontecer histórico.

5. La encrucijada del historicismo, ¿un eterno retorno?

De ahí, que para Hegel, lo absoluto o Dios deviene en la Historia: *Dios se hace*, está *inmanente*, en el mundo: los entes finitos son momentos del movimiento dialéctico de lo Absoluto (*panteísmo dinámico*), y la filosofía como ciencia de lo Absoluto, en su determinación en cada uno de los momentos particulares se identifica con la propia historia del mundo. Como nos ha explicado Sciacca, Hegel ha resuelto el modelo del mundo, o las esencias pensadas eternamente por Dios pero disolviéndolo en un sistema dialéctico que es enemigo de “lo que está” —y en este aspecto *anticonservador*—, pero que, si bien no conserva el ser, en cambio se conserva a sí propio, como dialectismo —y en este aspecto es *conservador y reaccionario*—. Un “Dios que se hace” y “que se identifica con la Historia” —prosigue Sciacca— “deja de ser Dios”.

Pero, como para Hegel, todo cuanto se realiza en la Historia en tanto real es racional, así resulta que su razón, es —como se había dicho de la “Unidad indiferenciada” de Schelling— la “noche negra donde todas las vacas son negras”. Todo se hunde en la Razón que se desarrolla en la Historia, en la cual siempre quien prevalece tiene la razón, está en la verdad; con lo cual quedan “justificadas” cualquier iniquidad y cualquier matanza: “Hegel —dice Sciacca— confirma a Maquiavelo”.

Toda la historia es así “sagrada”, es el “tribunal del mundo”, y su fin u objetivo es el despliegue total de la idea y el retorno a la idea, en su final, que para Hegel coincide con la constitución del Estado prusiano que extendería el predominio del pueblo alemán en

el mundo. De igual modo, para Marx coincide con la instauración de la sociedad homogénea en la cual, por no ser ya necesarios, desaparecerán el Estado y el Derecho. Pero esos finales serían la negación del movimiento que, en estas teorías, es el progreso. Ahora bien, de no tener dicho final caeríamos en lo indefinido, o sea en el "infinito malo", puesto que nunca alcanzaríamos la meta. Y, entre un infinito cerrado, y por eso mismo contradictorio con su dinámica, y un infinito siempre abierto, pero "malo" porque nunca llega a la meta, no queda otra posibilidad —a no ser que salgamos de la inmanencia y nos sometamos al orden de un Dios trascendente, de en lo Alto— sino la concepción de la historia como un círculo en periódico *retorno*. Tal como lo había visto Nietzsche, negando así que la historia sea un progreso infalible hacia una meta de plenitud, y mostrando el nihilismo de toda concepción historicista por su carencia de valores y de fiabilidad. El camino del llamado *mundo moderno* nos ha conducido, por lo tanto, al borde del abismo de la nada.

¿Tiene razón, pues, el académico francés Maurice Druon que, en la frialdad de su agnosticismo, ha afirmado que la Iglesia con su "apertura al mundo" se ha equivocado de siglo, al caer en el papanatismo cientifista del siglo pasado, poniendo su confianza en algo que ya no creen los hombres de ciencia?

¡Claro está, que no es la Iglesia de siempre la que ha caído en esa visión anacrónica y desechada, sino sólo el sector que paradójicamente se autodenomina progresista, desgraciadamente ruidoso y en el que no faltan numerosos miembros de la jerarquía!

6. El "Reino de Dios" y el mito del triunfo final en la "Historia".

Después de haber examinado cómo, en el mundo moderno, se ha desarrollado el total escepticismo acerca de la existencia de todo orden trascendente, cómo se han multiplicado los esfuerzos, siempre baldíos, para colocar al hombre en el centro de su construcción inmanente, a través de la historia, y cómo se han preparado las mentes

para que se adhieran a cualquier construcción de este tipo, debemos volver a formular la pregunta que antes hemos dejado planteada:

¿Cómo, en algunas mentes, han podido mezclarse la fe cristiana con la concepción marxista?

Es curioso notar que esta colusión ha comenzado por la vía de la prosecución del mito —roto por Nietzsche— del triunfo final, en la Historia, ya sea de la Idea, con Hegel, o de la instauración definitiva de la sociedad sin clases, con Marx.

Se produce entonces, en ciertos ámbitos del cristianismo, una transposición de las bienaventuranzas que, negando su propia esencia se afirma que deben realizarse aquí en este mundo. Por ello, es más compadecido el bienaventurado que el pecador, y preocupa más el futuro de aquéllos en este mundo que el de éstos en el otro.

Y, junto a esta contraposición, vemos desarrollarse una fe beatífica en el futuro material del hombre, aquí en este mundo, por la transformación de las estructuras sociales, "gracia" por la cual llegará a producirse, aquí abajo, la "liberación" del hombre de todas las opresiones y desventuras. Liberación que preocupa más que la salvación eterna de las almas. Así se trata de sacudir el cristianismo del calificativo de *alienador* que el marxismo aplica a toda religión que debilite el interés del hombre por las cosas de este mundo.

El camino de esa liberación nos es señalado orientándolo hacia el socialismo, puesto que el triunfo de la sociedad comunista es identificado, por esos cristianos, con el "Reino de Dios" en la tierra, que consistirá en la nueva sociedad ideal del futuro feliz, basada en la igualdad, la justicia, la fraternidad y la solidaridad. Tal como se asegura que pretende realizarla el marxismo, se afirma que del mismo modo debe hacerlo el cristianismo auténtico, pues su construcción en esta tierra —se insiste— debe constituir el cometido principal de los cristianos.

Para llegar a esta convicción, se descartan los textos del Evangelio que parecen indicar que el Reino de Dios sólo llegará con la segunda venida del Hijo del hombre, después del fracaso de los hombres, pues:

— "... por efecto de los excesos de iniquidad, la caridad de los más se enfriará" (San Mateo XXIV, 12).

Tanto que se pregunta si:

— "... el Hijo del hombre cuando vuelva ¿hallará por ventura la fe sobre la tierra" (San Lucas XVIII, 8).

Y San Pablo glosa:

— "Nadie os engañe en manera alguna, porque primero debe venir la apostasía y hacerse manifiesto el hombre de iniquidad, el hijo de perdición, el adversario, el que se ensalza sobre todo lo que se llama Dios o sagrado, hasta sentarse él mismo en el templo de Dios" (Tesalonicenses II, 3, 4 y 5).

Y, en concreto:

— "... lo que toca a aquel día y aquella hora, nadie lo sabe ni los ángeles en el cielo ni el Hijo, sino el Padre" (San Marcos XIII, 32).

Pero sí se nos ha dicho que la ciudad donde reinen "la verdad y la vida, la santidad y la gracia, la justicia, el amor y la paz" —según la liturgia del día de Cristo Rey— no será obra del hombre, sino que:

— "... desciende del Cielo, del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para el Esposo" (Apocalipsis, XXI, 2).

7. La escalonada marxistización de la teología.

Pero, esos textos nada dicen a quienes están obsesionados en identificar la sociedad socialista con el Reino de Dios.

El desarrollo, por esa vía, de la marxistización de la nueva teología se ha realizado escalonadamente —como nos ha sido mostrado por Miguel Poradowski en su importante estudio "La escalonada marxistización de la teología"— a través de la siguiente graduación:

a) Se inicia con un nuevo "*saduceísmo*", que no niega dogma de fe alguno ni ninguna práctica de la religión cristiana, pero pone exclusivamente el acento en los asuntos de este mundo, silenciando lo relativo a la salvación eterna. De ahí se pasa a negar la vida eterna después de la muerte, aun sin negar a Dios creador y señor del universo y del hombre, al que ciertamente se debe amar y servir, pero trabajando en los asuntos de este mundo.

b) Sigue la identificación del *Reino de Dios* en la tierra, de la

“Nueva Jerusalén”, con la sociedad comunista —como hizo el teólogo protestante Karl Barth y ha desarrollado el también protestante Jürgen Moltmann, en “La Teología de la Esperanza”—, por lo cual será deber de los cristianos colaborar en esa construcción con los marxistas.

c) El *cristianismo horizontal* centra en el hombre toda la religión, que deja de ser vertical, y no se apoya ya en el amor a Dios. Deja de ser teocéntrica, para expandirse en lo horizontal, en el amor al prójimo, olvidándose de Dios, y haciéndose antropocéntrica. Lo único importante es vivir *para los demás*, para liberarlos de las “estructuras de opresión”; y las ceremonias religiosas son “asambleas del pueblo”, en las que sólo se acusa el “pecado social” y se le anima para que se libere de “las estructuras opresivas” características del régimen capitalista.

d) Un paso más adelante consiste en la *depuración del cristianismo*, para adaptarlo a las exigencias del marxismo, combatiendo todas sus formas de culto y las devociones de cualquier tipo, pero aprovechándose, en cambio, de la pastoral y de la catequesis para la “concienciación” de las masas.

e) Otro escalón lo constituye el *cristianismo sin mitología*, en el cual ya sólo se da valor de puros mitos a los dogmas: la Santísima Trinidad, la creación, los ángeles, el pecado original, el cielo, el infierno, la Anunciación, la Encarnación, la Redención, la Resurrección, en fin todos los dogmas cristianos.

f) Continúa la escalonada con el *cristianismo ateo*, en el que desaparece Dios como un mito más; Cristo ya no es sino un zelote un revolucionario, defensor de los oprimidos, como Marx y Lenin, como Camilo Torres o el Che Guevara.

g) Por fin, el *cristianismo marxista* ya no es, pues, sino la coronación de todo este proceso.

Así queda despejado el camino de la *teología marxista de la liberación*, y, junto a ella, arrancando de cualquiera de esos últimos escalones, se abren los de la *teología de la violencia* y de la *teología de la Revolución*, que —con el P. Cardonnel— proclama la muerte del Dios dominador de los mundos, del Ser supremo “que está bien muer-

to en Jesucristo”, “hijo del liberador profético de los pueblos aplastados” y que “despierta el maquis de los pueblos oprimidos”.

Pero, tal vez, lo que aún resulta más demoledor es el continuo tendido de puentes y de intentos de síntesis del cristianismo con cualquiera de las posiciones correspondientes a las graduaciones expuestas. Así, observamos aquellos intentos que hacen caminar paralelos la liberación marxista y la cristiana, o que consideran la “liberación social” como “el germen y el embrión de la salvación” eterna, con lo cual continuamente se facilitan nuevas fugas hacia el marxismo y se mantienen abiertos todos los puentes y caminos por los que estas fugas se realizan casi sin necesidad de superar solución de continuidad alguna.

Una fe trastrocada se pone al servicio de la realización de unas estructuras utópicas, antinaturales, y, por ende, desastrosas. Se olvida que la gracia divina encarna en la naturaleza, pero no, por falta de objeto, en las locas ideologías fabricadas por nuestras mentes en contra de la naturaleza creada, redimida del pecado por la gracia y sobreelevada, pero no destruida ni trastrocada.

8. La “praxis” para cambiar las bases de la sociedad y la colaboración en ella de cristianos y marxistas.

Esa marxistización de la teología no podría haberse consumado si la transposición ideológica expuesta no hubiese ido, además, acompañada de una praxis constante que, en nuestro campo, arranca ya de otras *praxis* intoxicadoras, previamente introducidas, que en varios sectores del catolicismo habían sembrado la infección de las ideas de la Revolución francesa.

Tratemos de observar panorámicamente las más notorias etapas recorridas, en este siglo, por esa *praxis*:

1.º El “sueño de cambiar las bases naturales y tradicionales de la sociedad y de prometer una ciudad futura edificada sobre otros principios”, para la emancipación política, la emancipación económica y la emancipación intelectual, realización a la cual todos los obreros de todas las religiones fueron convocados por el movimiento denomina-

do *Le Sillon*, condenado por San Pío X en su Carta *Notre charge apostolique* de 25 agosto 1910.

2.º “*L'affrontement chrétien*”, preconizado por Emmanuel Mounier contra el “*moralismo burgués*” y lo que él denominó “*el desorden establecido*”, proclamando que era necesaria “*la ruptura del Orden cristiano con el orden establecido*”: “*No se puede ser cristiano sin ser rebelde*”.

3.º El intento del *progresismo social-religioso*, después de la segunda guerra mundial, de “*prendre la main tendue*” por el Partido comunista, preconizada por el grupo progresista *Jeunesse de l'Eglise*, dirigido por el P. Montuclard. Según estos católicos en ese entendimiento la misión del comunismo se circunscribía al desescombro del mundo capitalista, es decir, a limpiar los obstáculos para la instauración de la “*Iglesia auténtica*”. Pero se afirmaba que:

“En espera de la futura irradiación del Evangelio; el apóstol debe resignarse, aun con dolor de su alma, a llevar el Evangelio dentro de su corazón (a “*tenir en son coeur l'Évangile captif*”); es decir, a no predicarlo, a renunciar hasta la intención misma de convertir y de buscar el menor resultado apostólico inmediato que podría confirmar, en el ánimo de los militantes solventes del movimiento obrero, la objeción demasiado extendida de que la religión sólo puede existir en las conciencias alienadas”.

... “Haciendo caso omiso del ateísmo explícito o implícito de las masas, el apóstol debe bajar a la arena política, en el plano sugerido por la realidad del proletariado; esto es, por las razones objetivas puestas al día por esa ciencia de la sociedad que es el marxismo. De esta suerte probará que la fe no le impide al creyente la participación en la lucha obrera y, al mismo tiempo, someterá su fe a una purificación que la desconectará de todas las posiciones temporales que en el pasado la mantuvieron aferrada”.

Conviene recordar que paralelamente, ya en 1937, Maurice Thorez inició la *política de la mano tendida*. Al hacerlo no dejó de advertir con claridad. “El materialismo filosófico de los comunistas está lejos de la fe religiosa de los católicos”. Pero aceptaba que había en unos y en otros un mismo ardor generoso en querer dar satisfacción a las aspiraciones milenarias de los hombres a una vida mejor, por lo cual

instó esa colaboración de los obreros creyentes e, incluso, de los sacerdotes, con tal de que: *"El sacerdote venga a nosotros para entregarse a un trabajo político común y que se circunscriban en conciencia a su tarea, sin empeñarse contra el programa del Partido"*.

Bastantes años después, el Secretario del Partido Comunista de Francia, Georges Marchais, en una entrevista publicada por el periódico católico *La Croix* el 19 noviembre 1970, respondía:

— "Nosotros, los comunistas, profesamos una filosofía materialista y dialéctica. No queremos crear ilusiones en este punto: entre el marxismo y el cristianismo no es posible conciliación teórica alguna, ni cabe ninguna convergencia ideológica..."

— "... Sin embargo, podemos perfectamente trabajar juntos en la construcción del socialismo, a pesar de nuestras divergencias filosóficas. La construcción de la sociedad socialista ¡no presupone la adhesión de todos los ciudadanos al materialismo! Supone algo distinto: la transferencia a la nación de la propiedad de los grandes medios de producción, el intercambio y el ejercicio del poder por los trabajadores, por las masas populares..."

Y en 1972, en el libro *"Les marxistes et l'évolution du monde catholique"*, Antoine Casanova, comentó:

"Esta tendencia lo mismo puede fundamentar un ateísmo (inconsciente) teológico, que dar lugar a la expansión de teologías (inconscientemente) en marcha con nuevos temas y modos de razonar próximos al ateísmo..."

"... se nota que surgen cada vez más temas ateos, incluso entre las conciencias teológicas más inquietas".

Dios pasa de vertical a horizontal:

"Dios pierde altura, conscientemente captado y definido, como ligado a las necesidades y a las aspiraciones humanas; ya no poseerá fuera de ellas ni el cielo, ni trascendencia sobrenatural..."

"La pretensión de la jerarquía de definir ella sola la Voluntad divina, de establecer la Doctrina (teológica, moral, social) resulta al mismo tiempo cada vez más discutida (implícita o explícitamente), en favor de una visión comunitaria y democrática de la Iglesia".

"Transmutados, por lo demás, en exigencias teológicas democráticas o en nuevas lecturas revolucionarias de los textos evangélicos":

“... Los temas religiosos o teológicos son cada vez menos debatidos en sus aspectos sobrenaturales. La Revolución francesa, las luchas del siglo XIX, la puesta en marcha desde finales del siglo pasado de un laicismo público, ignorado en otras partes de Europa, la antigüedad de la industrialización y del movimiento hacia el socialismo, han contribuido a racionalizar y secularizar más que en otros catolicismos europeos la ideología religiosa”.

“Preocupan correlativamente los temas teológicos que giran en torno de la encarnación y de la fe y de la visión de Dios, aprehendidos como el sentido de una práctica histórica de la cual la humanidad es la única responsable”.

El camino está, pues, abocado a la pendiente del materialismo histórico, y sus resultados los ha expresado Santiago Carrillo, hace muy poco, con dos preguntas, con cuyas implícitas respuestas le parece obvio que todos los escrúpulos de sus camaradas más recalitrantes quedarán salvados: “Desde que hacemos esta política, ¿cuántos católicos se han hecho comunistas”?

4.º Llegamos al inmovimiento *“cristianos por el socialismo”*, desarrollado especialmente en América Latina, pero ya muy extendido entre nosotros, tanto que muchos de sus difusores en América hispana eran sacerdotes y religiosos españoles. En los días 23 al 30 abril 1972 celebró en Santiago de Chile su “Primer encuentro Latino Americano”, y es interesante estar informados del contenido del documento final de este encuentro, en el que:

— Se denuncian las actuales estructuras económicas, el capitalismo, el imperialismo, la opresión, definiéndose la “liberación de Cristo” como *“una liberación radical de toda explotación, de todo despojo, de toda alienación”*, que debe realizarse de la *“única manera eficaz”*, por el método del *“análisis”*, que se describe en términos marxistas, y mediante *“una participación en la lucha que opone la clase explotada a los explotadores”*.

— Se expresa que la *unidad de los cristianos* no importa ante la precisión de la *unidad del proceso revolucionario*, y no se acepta otra solución para lograr la *“liberación total”* sino la brindada por el socialismo, ni más caminos que la dinámica histórica de la lucha de clases —ante la cual no admiten neutralidad—, el compromiso revo-

lucionario y el análisis de los hechos sociales "análisis científico de la realidad" análogo al efectuado por el marxismo.

— Se reclama la praxis revolucionaria y la formación de la "conciencia" de los trabajadores, que requiere la existencia de partidos y organizaciones populares.

— Se trata de "desmitificar" todo el contenido de la doctrina social católica, a la que se acusa de estar determinada por la que es denominada "cultura dominante"; y, en cambio, se pondera que, como efecto de la praxis en la colaboración de los cristianos con los comunistas, se produce en aquellos *"la convergencia entre el carácter radical de la fe y el de su compromiso político"*, de modo tal que: *"La praxis revolucionaria constituye el medio generador de una nueva creatividad teológica"*, que *"conduce, en un espíritu de auténtica fe, a una nueva lectura de la Biblia y de la tradición cristiana, a una lucha que reemplace los conceptos y los símbolos fundamentales del cristianismo, de tal manera que no estorben a los cristianos en su compromiso revolucionario, sino, al contrario, les ayude a asumirlo de un modo creador"*.

9. Las transposiciones de fe a praxis y de praxis a fe de los Cristianos para el socialismo.

A esta pretendida nueva lectura ha aludido claramente Paulo VI, en su exhortación acerca de la reconciliación dentro de la Iglesia del 8 diciembre 1974, cuando, refiriéndose a quienes en la Iglesia de nuestros días *"tratan de socavarla desde dentro"*, dice que *"provocan el desconcierto en toda la comunidad eclesial, introduciendo en ella el fruto de las teorías dialécticas ajenas al espíritu de Cristo. Utilizando palabras del Evangelio alteran su significado"*.

En esa operación, claramente denunciada, lo primero que se traspone es el objeto de la revelación divina mediante la cual, según la Constitución dogmática *Dei Verbum*, "Dios quiere manifestar y comunicarse a sí mismo y los decretos eternos de su voluntad relativos a la salvación de los hombres" (núm. 5); revelación a la que "es debida la obediencia de la fe, con la que el hombre se abandona a Dios,

entera y libremente, prestándole la plena adhesión de la inteligencia y de la voluntad, y aceptando voluntariamente lo revelado por El" (núm. 3).

Notemos, con el P. Bartolomeo Sorge, S. I., que de ahí resulta que "Dios ha querido desvelarse El mismo y, en la luz trascendente de su misterio, ha querido descubrir al hombre su propio destino, su último fin, indicándole al mismo tiempo —en la Iglesia— la vía maestra de la salvación. Una salvación integral —como explica la Sagrada Escritura— que consiste esencialmente en la liberación del pecado y de la muerte, ya actuada en Cristo resucitado, pero que alcanzará la plenitud definitiva el último día "cuando El consignará el Reino a Dios Padre" (I. Cor. 15, 24)".

¿Cómo puede definirse esa salvación integral, esencialmente del pecado y la muerte —tras la resurrección de la carne, cuando nuestro cuerpo se haga neumático— por obra de Cristo Dios, acabada la historia temporal, con esas liberaciones que el hombre pretende que sea su obra colectiva "en la historia".

He ahí un salto radical de la fe, que se pone en una obra humana, con lo que se incide en otro error, denunciado en la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, el de quienes "pretenden que la libertad consista en el hecho de que el hombre sea el fin de sí mismo, único artífice y demiurgo de su propia historia" (núm. 20).

El sueño historicista, que mostrando su nihilismo fue reducido a la nada por Nietzsche, también en un sueño contradictorio con nuestra fe.

Pero los errores siguen en cadena cuando arrancan de otros errores. Es muy cierto lo que dijo el Apóstol Santiago: "Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin las obras está muerta". Pero se trata de las obras que vivifican la fe; las que nuestra misma fe nos exige que la encarnemos. No las obras que trate de imponernos un historicismo inmanentista, que —como hemos visto— está fuera y contra la fe, que carece de base científica y que filosóficamente nos conduce a la nada.

En cambio, en el cristianismo marxista, se trata del sueño de una liberación "prometeica" —pero no cristiana— mostrada para exigir de los cristianos una *praxis* que —se afirma— ha de conducir al logro de esa "liberación" —aunque realmente puede asegurarse que no

podrá ser así, y, hasta ahora efectivamente no lo ha sido— y para que, por fin, adaptemos la fe a esa praxis. O sea, se trata de que falseemos la fe, haciéndola inmanente y temporal. Para lo cual se nos invita a una *praxis* adecuada a fin de llevar a cabo esa transposición; y, desde esa *praxis*, precisamente, se trata de remoldear toda la fe, mediante nuevas lecturas de la Sagrada Escritura ¡inspiradas por esa *praxis*!, que, por lo tanto, tiene el primado sobre ella.

Como ha comentado el P. Sorge, los “cristianos por el socialismo”: “parten de la tesis ‘científica’ de que sólo la praxis revolucionaria marxista puede asegurar la liberación total del hombre, para juzgar después la fe cristiana a la luz de esa praxis y conforme a sus exigencias y para concluir que la fe es ‘verdadera’ en la medida en que resulta ‘eficaz’, es decir, en la medida en que sostiene y promueve la misma *praxis* revolucionaria”.

No es, pues, de extrañar que —como también ha mostrado el P. Sorge—: “Leyendo los escritos o escuchando los discursos de los *Cristianos por el socialismo*, produce cierta impresión comprobar que todo lo ponen en discusión: la Iglesia, la Jerarquía, el sacerdocio ministerial, la exégesis bíblica, los sacramentos, la oración, la obediencia, el celibato, el sentido del pecado”.

Es natural, puesto que se alejan de cuanto, acerca de la fe, ha enseñado, enseña y vive la Iglesia, para vivir una *praxis* revolucionaria, teológicamente errónea e intrínsecamente perversa, en cuanto marxista, y ‘luego’ tratan de reinterpretar la fe a la luz de esa *praxis*.

El primer error está en pretender esa contradictoria aproximación, como acaba de reiterar, el 2 de marzo, Paulo VI durante la misa jubilar:

“Con frecuencia resulta desconcertante observar que muchos, que se dicen seguidores del Evangelio, sean incapaces de deducir del Evangelio mismo una sociabilidad fundada sobre el amor. Temen acaso, armados solamente del Evangelio, ser débiles, abstraídos, ineptos para la gran misión de hacer que los hombres sean hermanos; y piensan encontrar principios y fuerzas suplementarias marchando a buscar su eficacia en escuelas materialistas y ateas, que sacan de la lucha de hombres contra hombres su lógica y su energía”.

10. Crítica del “análisis” marxista y de los reesultados de la “liberación” pretendida.

Por lo que se refiere a la realización de esta praxis en España nos contentaremos aquí con transcribir unos párrafos de las respuestas dadas por Santiago Carrillo y publicadas en el reciente libro “*Demain l'Espagne*”:

“... hoy tenemos la Iglesia tal vez más evolucionada de Europa desde el punto de vista político y social, y es sin duda un elemento muy importante para el porvenir...” (pág. 166).

“... Cada vez más hemos desarrollado una política muy audaz respecto de los católicos, partiendo —desde el punto de vista táctico— del hecho de que sus organizaciones eran las únicas legales fuera de las fascistas; y —desde el punto de vista estratégico— de nuestra convicción de que para avanzar hacia la victoria de la democracia y del socialismo, su colaboración era necesaria” (pág. 167).

“... hay una Iglesia nueva que se aproxima al socialismo, que va hacia él” (pág. 189).

¿Qué añadiremos a esto?

Hemos visto al principio *la incompatibilidad radical de nuestra fe, de nuestra esperanza y de la caridad que debemos tener, con todo cuanto es básicamente preconizado por el marxismo.*

También hemos indicado *cuán depasados resultan científicamente los principios del historicismo, anteriores al marxismo, pero con los cuales se abrieron las puertas a la marxistización de la teología, que, en pos del sueño del “Reino de Dios” en la tierra, ha impulsado la llamada “teología de la liberación”.*

Y, asimismo, hemos visto, *el final desastroso para la fe al que han llegado quienes han colaborado con los marxistas, arrastrados precisamente por la “praxis” que éstos preconizan.*

Pero, aun quisiéramos saber mostrar que, si la caridad es inseparable de la verdad y del bien, esa loca tentativa atenta contra la más elemental *caridad política*, por cuanto pretende “concienzar” en una trama de errores que, hasta ahora, no han llevado, ni jamás podrán llevar, por su carácter antinatural, sino a resultados contrarios de los

preconizados. Es decir, que el éxito de esa acción revolucionaria sólo ha conducido y conduce a la opresión del totalitarismo más absoluto y, con él, a la mayor desesperanza humana.

El *análisis* marxista nada tiene de científico:

— En cuanto opera jugando con diversas significaciones de unas mismas palabras, a las cuales se atribuye un sentido peyorativo que se aplica y extiende, para informarlo, a un ámbito que es más extenso o bien es ajeno de aquél que sirvió de base a la calificación. Así lo vemos en el empleo de palabras como *explotación*, *imperialismo*, *colonialismo*, *plusvalías*, *capitalismo*, palabra ésta con la cual, v. gr., se envuelve todo el derecho de propiedad privada de los medios de producción atribuyéndole íntegramente todos los abusos del capitalismo propiamente dicho.

— Porque sus bases "científicas" hoy se hallan desmentidas por los hallazgos más recientes de la ciencia, desde la biología a la física cuántica, que muestran que ha sido la interacción, y no la dialéctica, la base de la organización y desenvolvimiento de la misma materia: "Hoy —ha dicho Erik Kramer— entre la teoría de los *quanta*, que sostiene toda la teoría del edificio científico de la edad atómica, y el pensamiento de los economistas y filósofos marxistas o tecnócratas, parece que hayan transcurrido siglos. No hablan ya la misma lengua. No tienen ya ni una idea común". Y B. Ortoneda, en su reciente libro "Principios fundamentales del marxismo-leninismo", después de someter a un análisis comparativo unos 15.000 argumentos o simples afirmaciones, con las que el marxismo-leninismo pretende demostrar científicamente que la naturaleza actúa de acuerdo con las leyes de la dialéctica, halla no menos de 400 errores puramente científicos, 600 dialécticos respecto de su misma teoría intrínsecamente contemplada y otros 200 de simple sentido común.

—Ya que la tesis del determinismo de las ideas por los hechos económicos, que proclama el materialismo histórico, es desmentido incluso por el propio hecho de que el marxismo ha sido un producto de mentes burguesas; y porque la historia tampoco puede ser explicada conforme su tesis, ya que inversamente muestra el decisivo influjo de ideas, incluso religiosas, en los hechos económicos. Así el del judaís-

mo, según Werner Sombart, o el del protestantismo, según Marx Weber, en el capitalismo.

— Porque el propio sentido dialéctico de la Historia, propugnado por el marxismo, es contradictorio por su misma tesis final puesto que la afirma sin antítesis ya, según antes hemos visto; y porque, después de transcurridos casi sesenta años desde la victoria de la Revolución rusa, no sólo no han desaparecido en la U. R. S. S. las clases sociales, ni el Estado y el Derecho, sino que aquél se ha hecho más opresivo y totalitario y éste más coercitivo.

— Puesto que la “liberación” de unas pretendidas “alienaciones” ha llevado a nuevas y reales “alienaciones”, más opresivas y en ámbitos más extensos de intervención; y porque, pese a que ha sido abolida en los países comunistas la “apropiación” de las “plusvalías” por la “clase capitalista”, no se ha restituido su disposición al proletariado, sino a la “nueva clase” dominante, que realmente ha tomado el poder y, con él, ha asumido la disposición y la distribución de todas las plusvalías.

No hace mucho que el semanario *Destino* —que no creo que nadie lo califique de lo que hoy se llama “reaccionario” y que presume de “abierto” y “progresivo”— publicó una serie de tres artículos de *Salvador de Madariaga*, que aparecieron los días 10 y 26 de octubre y 2 de noviembre de 1974, de los cuales vamos a leer algunos de los párrafos que dedica a la U. R. S. S.:

“El pasaporte interior, la intervención policiaca, la prohibición de huelgas, las ataduras que esclavizan al obrero a su puesto de trabajo, la inveterada costumbre de considerar la ley y el reglamento como armas no de orden, sino de persecución del díscolo, rebelde o meramente discutidor, hacen de la Unión Soviética el régimen más reaccionario del mundo. Todo esto queda ilustrado y confirmado en el libro de Solsyénitsin.

“Claro que no es cosa de hacer aquí narración concreta de los casos que cuenta. Sólo es menester decir que la ingeniosidad, la imaginación, la persistencia y la mera indiferencia para con el sufrimiento ajeno que estas páginas revelan en el Estado ruso y sus esbirros causan asombro y estupefacción; y que, si bien los rasgos negativos como el abandono y el descuido son quizá los que más

vienen a hacer la vida insoportable al campesino, los intelectuales y las clases liberales tienen que soportar la guerra despiadada de las torturas ingeniosamente concebidas y aplicadas para quebrantar la resistencia y hundir la personalidad.

"Quede, pues, constancia del hecho capital. Inútil intentar equilibrar este cuadro abrumador con tal o cual historia de torturas en el Brasil, en Etiopía o en Vietnam (siempre, claro está, sin decir oste ni moste sobre las atrocidades del Vietcong). El caso ruso no tiene paralelo en el mundo. Se trata de un sistema político explícitamente fundado sobre la tortura física y moral. Aún hoy, en el momento en que esto escribo, salen a la luz casos como el de un especilista de clásicos chinos, judío él, que por haber solicitado marcharse a Brasil, recibió de madrugada la visita de la policía y sufrió un infarto de miocardio; o el de los comunistas checos que, por haber opinado como Dubcek, en 1968, están todavía no sólo en la cárcel, no sólo en trabajos forzados, sino condenados a no respirar aire fresco nunca, ni en el recinto donde viven hacinados, ni en el local donde trabajan".

El Estado opresor, pese a la profecía de Marx, se ha hecho más opresivo, y, en cuanto a la sociedad feliz sin clases, según sigue diciendo Salvador de Madariaga, resulta que...

"Desde luego no se trata de una redención del género humano por redención del obrero, obra magna que fue el ensueño de Marx. Ni en lo material ni, menos aún, en lo moral sale el obrero emancipado de la Revolución rusa; ni, aunque salido hubiera, habría sido lícita la operación (suponiéndola posible) al exorbitante precio moral que describe Solsyénitsin.

"Tampoco se trata de crear un sistema de producción que rebase en fuerza creadora de bienestar los sistemas occidentales. La Unión Soviética no da ni para alimentar a sus súbditos, ni para suministrarles un vivir comparable al de los occidentales; ni para permitirles conocer mundo, ni para sostener un buen nivel de salud general y menos de amenidad.

"Tampoco se trata de lograr un régimen de igualdad. La diferencia entre los sueldos de los soldados rusos y los de los generales es muy superior en Rusia a la usual en el promedio de los ejércitos occidentales; y la distancia que va del nivel de vida de los altos

funcionarios del partido comunista ruso (que, en general, lo son también del Estado) al nivel de vida del campesino es muy superior al promedio de tales diferencias en los países occidentales.

"Tampoco se trata de lograr un nivel de igualdad ante la ley; porque, como ya sabíamos, y ahora nos describe Solsyénitsin con todo detalle, el aparato de policía (o sea el partido en el poder) ha dividido el país en gentes omnímodas y gentes cuyos derechos y libertades se hallan a la merced del primer polizonte a quien decida entregarlos el partido. Que los que duden lean este libro, cuyas revelaciones son monstruosas, y verán cómo la libertad, la salud, el honor de las mujeres, la carrera, la vida toda, en fin, del hombre corriente está a la merced de un aparato policíaco sin respeto alguno por la verdad o por la dignidad humana".

11. La acción subversiva resultante de esa colaboración, y sus frutos amargos.

¡Este es el *fin de la utopía!* Pero de nada sirven los hechos para quienes creen discernir los *signos de los tiempos*. Tienen ojos y no ven. De nada sirven las razones, pues en ellos éstas no son sino el fruto de unos sentimientos exacerbados y de una voluntad dirigida a un sueño de imposible realidad, pero que obsesivamente persiguen. Lo más grave es que la persecución del espejismo comienza con la destrucción de todo cuanto que se juzga un estorbo para que aquél sea alcanzado. Y si bien tal objetivo nunca se logrará, en cambio, esta destrucción es muy posible realizarla, y se pone en práctica todo cuanto se puede para consumarla. Esa es la obra de la *subversión*, hoy en curso.

Precisamente Roger Mucchielli en su libro *La subversión* nos la explica:

"Estamos habituados a que, desde hace siglo y medio, se denuncie 'la explotación del hombre por el hombre' como la tara original del capitalismo..."

"No obstante, existe otra explotación del hombre por el hombre más sutil y despreciable: la explotación de los ideales y de los valo-

res humanos universales, como puro objetivo de la manipulación de personas.

“Los más contagiosos acentos de la INDIGNACIÓN PERMANENTE son hallados por los agentes subversivos para denunciar, desenmascarar y desacreditar, presentándose ellos como defensores de la justicia, de la paz y de la libertad y de los derechos sagrados de la persona humana ...”.

Sin embargo:

“... la astucia consiste en pasar en silencio (...) los dramas, injusticias y vejaciones de las que resultan culpables los aliados políticos, y en explotar a fondo los mínimos hechos de toda clase que pueden servir para alcanzar los objetivos reales de la subversión”.

La astucia principal —aunque en algunos no haya sino pasión irracional inoculada— consistiría en mostrar lo “constituido” como la *antítesis* de la lista de los derechos y valores universales. En esa antítesis “prefabricada”, lo “establecido” que se quiere desacreditar representará, pues, exclusivamente:

- ... “la voluntad de guerra”;
- ... “la miseria, el miedo, la angustia, los sufrimientos, la aniquilación, la matanza...”.
- ... “la opresión, la tiranía, la arbitrariedad”.
- ... “el desprecio a los derechos sagrados, la explotación del hombre por el hombre, los abusos de poder, el abuso de confianza, el secreto privado de los intereses personales, el fraude, la desigualdad...”.
- ... “las torturas, el egoísmo, el sadismo, el desprecio por el hombre, la indiferencia por los valores humanos...”.

Con esta posición se logran otras tres ventajas complementarias:

LA AUTOJUSTIFICACIÓN DE LAS VIOLENCIAS [subversivas] ACTUALES O EVENTUALES.

“LA DESMORALIZACIÓN Y EL PÁNICO DEL ADVERSARIO”.

“LA ADHESIÓN DE LAS ALMAS CÁNDIDAS” ... “de quienes por brillantes que sean sus inteligencias y renombre” ... “son inocentes perdidos en una guerra que no entienden”.

De ahí la labor que, consciente o inconscientemente, desarrolla el cristianismo marxista activo, mediante *grupos de disociación*,

"foyers de contestation", según explica el mismo Mucchielli, que cita como ejemplos, tomados de Francia, los dos siguientes:

— La *acción católica universitaria* declaraba en el comunicado de Síntesis del encuentro nacional de Dijon (15-18 de abril de 1971): "Pensamos hoy que la universidad y la sociedad no son reformables: cualquier lucha y todo intento que no se inserten en un proceso global contra el sistema capitalista reforzarán la lógica de este sistema fundamentalmente alienante". La conclusión es, pues, una incitación a sus miembros para alistarse en la acción directa.

El libro titulado *THEOLOGIE DE LA REVOLUTION* (publicado por "Editions Universitaires") donde el Padre Joseph Comblin expone, en el mismo sentido, que "el cristianismo es revolucionario por naturaleza".

Santiago Carrillo, en sus respuestas en *Demain l'Espagne* nos muestra que ese mismo fenómeno, observado también en España, no es puramente casual y espontáneo. Conviene que releamos:

"... en la Iglesia se ha creado un complejo de culpabilidad..."

"... Esto ha conducido a los nuevos curas, a los nuevos católicos, a una reflexión profundizada acerca del papel de la Iglesia en la sociedad de hoy. Cada vez más hemos llevado una política muy audaz respecto de los católicos..."

¡He ahí la tarea de la cual muchos se han convertido en instrumentos manipulados, en juguetes, cuando no son cómplices!